

Consejos del arcipreste a las mujeres

Estrofas 892-909

Mujeres, las orejas poned a la lección,
entended bien el cuento, guardaos del varón;
cuidad no os acontezca como con el león
al asno sin orejas y sin su corazón.

Estuvo el león enfermo, dolíale la testa;
cuando la tuvo sana y la traía enhiesta,
todos los animales un domingo, en la siesta,
vinieron ante él a darle buena fiesta.

Presente estaba el burro; le nombraron juglar.
Como estaba muy gordo, comenzó a retozar
y, tocando el tambor, muy alto a rebuznar;
al león y a los otros les llegaba a atronar.

Con tal cazurrería el león fue sañado,
en canal quiso abrirle, alcanzarle no pudo,
pues huyó el del tambor del caso peliagudo;
ofendióse el león con el gran orejudo.

El león dijo entonces que el perdón le daría;
mandó que le llamasen pues la fiesta honraria,
que cuanto le pidiese, tanto le otorgaría;
la zorra juglaresa dijo le llamaría.

Fuese la raposilla a donde el asno estaba
paciendo en cierto prado y así lo saludaba:
—«Señor —dijo—, cofrade, vuestra alegría honraba
la reunión que ahora no vale lo que un haba.

»Más vale el alboroto de vuestro buen solaz,
vuestro tambor potente y el ruido que haz
que toda nuestra fiesta; al león mucho plaz
que volváis a tocarlo sin recelo y en paz.»

Creyó vanos halagos; él escapó peor.
A la fiesta se vuelve bailando el cantador;
no conocía el burro las mañas del señor,
¡pagará el juglar necio el toque de tambor!

Como el león tenía sus monteros armados
prendieron a don Burro, como eran avisados.
Ante el león le trajeron: le abrió por los costados;
de perdón tan seguro son todos espantados.

Mandó el león al lobo, con sus uñas parejas,
que lo guardase entero, mejor que a las ovejas;
al marcharse el león por una o dos callejas,
el corazón el lobo se comió y las orejas.

Cuando volvió el león, ansioso del bocado,
al lobo reclamó el asno encomendado.
Sin corazón ni orejas lo trae, desfigurado;
el león contra el lobo se enojó muy airado.

Dijo el lobo al león que el asno así naciera,
pues, si de corazón y orejas dispusiera,
las mañas del león oyera y comprendiera,
pero no los tenía y por ello acudiera.

Así, señoras mías, entended el romance;
de amor loco guardaos, que no os coja ni alcance.
Abrid vuestras orejas, el corazón se lance
al amor de Dios, limpio, loco amor no lo trance.

La que, por desventura, es o ha sido engañada,
evite otra ocasión de caer en celada;
de corazón y orejas no quiera ser privada,
en ajena cabeza resulte escarmentada.

De las muchas burladas aviso y seso tome,
no quiera el amor falso, loca risa no asome.
Al asno confiado, el lobo, al fin, lo come;
(no me maldiga alguno; esto no se le encone).

De la charla peligrosa huya la niña hechicera,
pues de un granito de agraz resulta una gran dentera,
de una nuez muy chica nace gran árbol de gran noguera;
muchas espigas produce un grano de sementera.

Por todo el pueblo circulan sobre ella los decires,
muchos, después, la difaman con escarnios y reí res;
mujer, si te digo esto no te enojés ni te aíses,
mis cuentos y mis hazañas ruégote que bien los mires.

Aplicate bien la historia de la hija del endrino;
la conté por darte ejemplo, y no porque a mí avino.
Guárdate de vieja falsa, de bromas con mal vecino;
no estés con un nombre a solas ni te acerques al espino.